

## HISTORIA DE LA CIVILIZACION DE ARAUCANÍA

(Continuacion)

### CAPÍTULO III

#### Primer levantamiento jeneral

Los indios atacan al capitán Maldonado.—Síntomas de rebelión en la costa.—Estratagemas de los indios para sorprender el fuerte de Tucapel.—Los españoles huyen a Puren.—Estalla la sublevación i Valdivia sale a sofocarla.—Reunión jeneral de los araucanos.—Se presenta a ella Lautaro.—Desarrolla un plan de ataque.—El fuerte de Tucapel.—Batalla de Tucapel.—Derrota de los españoles i muerte de Valdivia.—Llega a Chile su esposa.—Despoblación de Puren, los Confines i Arauco.—Se disputan el mando Quiroga i Villagran.—Derrota de Marihuenu.—Se despuebla a Concepción.—Reclama el mando Francisco de Aguirre.—Los defensores de Imperial.—Combate en el lago Budi.—Milagro.—La defensa de Valdivia.—El hambre i la peste entre los indios.—Segunda campaña de Villagran.—Continúan los desacuerdos sobre el mando de la colonia.—Don García Hurtado de Mendoza.—Campañas de Lautaro al norte.—Desembarca Hurtado de Mendoza en Concepción.—Campaña al sur.—Batalla de Lagunillas.—De Millarapue.—Reconstrucción del fuerte de Tucapel.—Fundación de Cañete i repoblación de Concepción.—Exploración al sur.—Funda la ciudad de Osorno.—Condena a muerte a don Alonso de Ercilla.—Muerte de Caupolicán.—Batalla de Quiapo.—Repoblación de Arauco i Angol.—Deja el mando Hurtado de Mendoza.—Su administración.

El trabajo excesivo i violento de los lavaderos, el servicio personal, el tratamiento de crueldad sistemada i sobre todo

esto la disminucion de la poblacion, fueron convenciendo al indio con hechos materiales, comprensibles por lo tanto a su estado intelectual, que su raza se extinguiria o que pasaria en su totalidad a la esclavitud.

En cada tribu ardía un sentimiento de odio contra los españoles i un vivo deseo de venganza: en las que habian sentido el peso de las armas castellanas i en las limítrofes, que, por una propension peculiar de los pueblos bárbaros, participaban de la animosidad comun e instigaban a las demas a la resistencia.

Todas presentian que, en el mejor de los casos, se restringiria el campo de subsistencia del hijo de la tierra araucana.

Pero estos sentimientos, si bien es cierto que eran jenerales a todas las tribus, no producian la unidad de miras i de accion que es propia de agrupaciones de mejor organizacion social. Esta falta de cohesion impedía en consecuencia que los jefes idearan concepciones complejas, como es la de combinar vastos planes.

Sin embargo, en todas partes iba desapareciendo el primer estupor que las armas i los caballos de los invasores habian causado. Los indios sabían, ademas, por esperiencia que sus enemigos podian ser vencidos i por consiguiente aniquilados o expulsados del territorio.

Solo faltaba una oportunidad que hiciera palpable la irritacion de los araucanos.

Esta ocasion se presentó a los indios de Tucapel, al principiar el mes de diciembre de 1553.

El capitán Diego de Maldonado marchaba un día con cinco individuos de tropa del fuerte de Arauco al de Tucapel. Una partida de indios le salió al encuentro i le mató tres soldados; él i otro se salvaron mediante la fuga.

Todas las reducciones de la zona occidental de la cordillera marítima, alentadas con este hecho de armas, se prepararon para un levantamiento contra sus opresores.

Los españoles quisieron conocer los planes de rebelion que meditaban los indios. Como de costumbre, adoptaron para ello los medios de rigor.

El capitán vizcaíno Martín de Ariza, que se sostenía al frente como de una decena de hombres en el fuerte de Tucapel, impuso todo género de rigores para inquirir la verdad. Mas, los naturales, con su vigorosa i característica resistencia para encubrir las sensaciones de dolor, guardaron una taimada reserva.

A pesar de este silencio, Ariza comunicó a Valdivia los temores que abrigaba i le pidió un pronto auxilio.

Por su parte el jefe del fuerte de Puren, Sancho de Coronas, infligió a ocho caciques el castigo brutal de acostarlos desnudos sobre un lecho de brasas, para obtener su confesion.

El encomendero don Francisco Ponce de Leon, hizo atar de piés i manos a un indio de su repartimiento i rociarlo con un hisopo de manteca hirviendo, con el mismo objeto.

Todo fué inútil; ninguno reveló una palabra.

Al contrario, la conspiracion cundia rápidamente en el *aillarehue* de Tucapel i los vecinos. El mismo capitán Ariza tuvo que sentir su primer estallido.

Los indios de las inmediaciones del fuerte estaban encargados de proveerlo todas las mañanas de leña para combustible i de pasto para los caballos.

Un día los indios gravados con este servicio, escondieron sus armas entre la carga que iban a introducir al fuerte, para atacar súbitamente a sus defensores. A la realizacion de esta empresa debia contribuir otro cuerpo de indíjenas oculto por ahí en las cercanías.

Pero, aunque el plan se llevó a término con habilidad i disimulo, bien pronto los españoles se repusieron de la primera sorpresa, i, tomando sus armas, acometieron impetuosamente contra el grupo de este ardid de guerra, hirieron i mataron a unos i empujaron a otros fuera de la empalizada.

Ariza, con ser militar experimentado en esta clase de guerras arrastrado por el furor de la persecucion, salió a campo abierto con su escasa tropa i fué a chocar con el cuerpo de indios de reserva, que ya se había puesto en movimiento. En peligro inminente de verse rodeado, con algunos soldados muertos i los sobrevivientes heridos, emprendió la retirada hácia el fuerte,

donde se encerró con su diminuta fuerza, dispuesto a esperar los auxilios que había pedido (1).

Calculando, con todo, que su situación podía hacerse insostenible aquí, dado que se le sitiara, abandonó el fuerte en la noche i precipitadamente huyó a Puren, adonde llegó con seis de sus compañeros.

Un rasgo de crueldad de los españoles habria de sellar este episodio: ántes de escapar, mataron con una barreta a los caciques detenidos como prisioneros.

Los indios, vencedores en suma hasta aquí, redujeron a cenizas el fuerte.

Con estos sucesos el levantamiento fué tomando grandes proporciones. En efecto, los sublevados de Tucapel anunciaron sus triunfos a las demas tribus i de todo el *vutranmapu* de la costa llegaban guerreros armados, atraídos por la novedad, el botín, el deseo de tomar participacion en nuevos encuentros i el odio implacable que los dominaba contra los duros opresores de su raza.

Valdivia se encontraba en Concepcion, bien léjos de esperar una rebelion de los indios de su mismo repartimiento, i preocupado únicamente de sus lavaderos de oro de Quilacoya i de los aprestos de una expedicion en busca del estrecho de Magallanes o del mar del norte (2).

Al saber tan inesperada nueva, i sin dar mucha importancia a lo que sucedia, dispúsose a salir en persona a sofocar la revuelta.

El 20 de diciembre en la tarde partió con solo quince hombres montados, no sin haber recibido ántes la bendicion del comisario jeneral de los franciscanos, frai Martin de Robleda.

Siguió el camino de sus lavaderos, donde perdió algunos dias en la construccion de un fuerte. El capitán andaluz Diego Diaz, al frente de unos cuantos soldados, quedó al mando de esta obra de defensa, acordada con gran habilidad militar de Valdivia, por cuanto tenia el doble objeto de resguardar los lavaderos i aislar la insurreccion por el lado del norte.

(1) Góngora Marmolejo, capítulo XIV.

(2) Así llamaban los conquistadores el Atlántico, en contraposicion al mar del sur o Pacífico.

Aquí i en Arauco engrosó sus filas hasta contar cincuenta jinetes i muchos indios auxiliares. Esperaba encontrar, además, en Tucapel a la guarnición del fuerte i un refuerzo de Imperial, que habría de llegar al mismo tiempo que él, según las órdenes que había impartido con este objeto.

Los indios a su vez se hallaban minuciosamente impuestos del camino i de la jente que traía el gobernador, mediante la activa comunicacion que mantenían entre sí.

Estaban dispuestos a presentar batalla a sus aborrecidos enemigos. Siguiendo su costumbre, celebraron una junta jeneral para designar los jefes del ejército, dividir los grupos de combatientes i acordar los pormenores de la campaña.

Como se ha dicho al tratarse de las prácticas guerreras de los araucanos, este acto se verificaba con un ceremonial invariable. Reuníanse en un gran círculo, con sus picas en la mano. «Y estando de tal manera con gran atención y silencio, sale en medio de la plaza y rueda el cacique promovedor de la junta con una saeta ensangrentada en la mano, y vuelta la punta siempre a la parte de la provincia o de los nuestros, donde han de ir a acometer el determinado hecho, y haciendo movimientos con los brazos y flechas, comienza en voz que todos lo entiendan a hacer su razonamiento. Acabada el tal cacique su plática, entra luego otro en su lugar, que hace lo mismo, y sucesivamente todos los demas caciques y capitanes por su antigüedad» (1).

Cronistas e historiadores cuentan que a esta junta asistió también un joven araucano de dieciocho años de edad. Era un desertor de Valdivia. Había sido tomado prisionero por los castellanos i dedicado por aquel jefe al oficio de caballero. Los españoles le nombraban Alonso i los indios Lautaro. El levantamiento de sus compatriotas lo había inducido a fugarse (2).

(1) González de Nájera, *Reparo de la guerra de Chile*, pág. 99.

(2) Lorenzo Coliman, el intérprete que ha trabajado con el autor en el material de la lengua *mapuche* de este libro, tradujo *Lautaro* por «traro pelado», de *lau*, pelado, i *traro* (*Polyborus vulgaris* o *Caracara vulgaris*).

El señor Barros Arana cree que el nombre debió ser *Leutaro* o *Leuteru* i significar *leutun*, acometer, embestir i perseguir al enemigo, o *leuten*, dilijen-

Sábase que era hijo de un cacique principal de Arauco llamado Curiñanco.

Tambien quiso hacerse oír en la junta. Quizas la circunstancia de ser hijo de jefe o probablemente la de haber sido presentado por su padre a la asamblea, contribuyó a que no quedara inadvertida su presencia en el campo araucano i a que se le oyese en tan tumultuosa reunion.

Díjoles que bien sabian ya que los españoles no eran invencibles i que las ventajas de las armas i la fuerza de los temidos caballos, podian contrarrestarse por el cansancio que en hombres i animales tenia que producir una larga resistencia. Para esto, el medio mas seguro seria no atacar en conjunto al enemigo, sino en diversas fracciones, que lo estenuaran i evitasen por consiguiente que se rehiciera. Para cerrarle toda retirada, se hacia necesario colocar emboscadas en los caminos que deberia tomar despues de la derrota; todo lo cual era al fin tan realizable si se atendia a la escasa jente del gobernador i al gran número de ellos.

El concurso aceptó las ideas i planes del atinado mancebo i debió designarlo como a uno de los directores de las operaciones militares que se iban a ejecutar, aunque no era *loqui*; porque, como se ha dicho, solia recaer este mandato en un indio

---

te, audaz, emprendedor. Habiendo tenido el nombre esta forma primitiva, su etimoloxia seria sencillamente «traro lijero,» de *lev*, lijero, veloz, i *traru* o *traro*.

Como se ha dicho en el tomo I, los araucanos tuvieron en la antigüedad nombres de un solo animal, como *vilu*, culebra; *traru*, etc. Despues, tambien desde mui antiguo, al nombre del animal o de la cosa se le agregó una cualidad o accion, como *lauraru*, *calvunancu*, etc. El nombre del animal era el que establecia cierto parentesco o familias. Ahora mismo existe todavia esta costumbre en algunas reducciones. En Maquehua, en la ribera sur del Cautin, cerca de Temuco, queda la familia de los *Vilu*: un cacique se llama *Painevilu*, culebra celeste, i su hermano, otro cacique, *Melivilu*, cuatro culebras. En el departamento de Angol queda la familia *Calvun*, compuesta de *Cayupi Calvun* i *Colipi Calvun*; i así en muchos otros lugares. Al presente los indios van tomando nombres del calendario con toda la designacion indijena, como Francisco Melivilu.

El lugar donde residia una de estas familias tomaba igualmente su mismo nombre: *Vilumapu*, la tierra de los *Vilu*.

sin título, pero que manifestaba dotes de sobresaliente guerrero.

Mucho se ha exajerado el talento estratéjico de este simpático caudillo. La verdad es que el hombre inculto imita i no crea. Lautaro, de mucha penetracion sin duda, imitó la táctica que habia visto a los españoles, de entrar por fracciones i buscar puntos resguardados.

Consiguió hacerse oír i comprender de sus compañeros, i lo demas fué obra del número i de la accion combinada de los jefes, favorecidos por el terreno mismo en que se desarrollaron estos sucesos.

Los indios comenzaron a poner en ejecucion los consejos de Lautaro.

Del declive occidental de las montañas de Nahuelvuta, arranca una ramificacion que se estiende hácia el mar hasta Paicaví. Sobre la falda de uno de los cerros que forman esta gradería, en el paraje en que hoi está asentada la poblacion de Cañete, levantábase el antiguo fuerte de Tucapel, que dominaba un valle rodeado de bosques i suaves alturas.

Por el oriente rodea esta meseta el riachuelo que aun lleva el mismo nombre, i entónces con márgenes pobladas de árboles i vejetacion menuda. A poco trecho, hácia el sur del sitio donde estuvo el fuerte, confluye con otra corriente de agua llamada ahora rio Leiva i ántes Togoltogol o Cayucupil.

El terreno era en aquel tiempo, como es todavia en parte, quebrado i cubierto de árboles en las alturas, pantanoso en los bajos i orillas de estos riachuelos (Figura acompañada.)

Antiguamente se conoció este lugar con el nombre de Cati-quichai.

Tal es el escenario en que iba a tener lugar la batalla mas memorable del período de la conquista, por lo reñida que fué i por sus trascendentales consecuencias.

Los indios ocuparon, pues, sus posiciones en conformidad al plan de Lautaro: éste tomó el mando de un cuerpo de araucanos situado cerca del riachuelo i a uno de los flancos del sitio en que iba a librarse la batalla; otros se ocultaron en los bosques i matorrales de las colinas i de los bajos, i algunas partidas de observacion se situaron en el camino para sorprender las avanzadas españolas.

El total de este ejército no pasaría tal vez de cinco a seis mil bárbaros.

Valdivia estaba en Lebu el 31 de diciembre. Por la mañana la tropa oyó misa i se continuó la marcha con toda tranquilidad.

Salieron adelante algunos exploradores, que no volvieron en el plazo convenido. Habian sido sorprendidos i muertos, i sus miembros, esparcidos por el camino que tenian que pasar los españoles.

La vista de aquellos restos i la ausencia del refuerzo que habia pedido a Imperial, amedrentaron a Valdivia, quien, por otro lado, pensaria en socorrer a la mayor brevedad a la guarnicion que creia sitiada en Tucapel.

En tal duda, quiso consultar la opinion de sus compañeros. Nuevos muchos de ellos en el pais, desconocedores por esto mismo del valor i de la índole guerrera de los araucanos, creyendo empresa fácil vencerlos i deseando castigarlos pronto, fueron de parecer que no se debía retroceder, sino avanzar inmediatamente.

Una voz disintió de este atrevido dictámen. Un indio yanacóna que vivia cerca de Valdivia en calidad de sirviente, se atrevió a decirle: «Volveos, señor; vuestros soldados son mui pocos i los enemigos son muchos i valientes. Acordaos de la noche de Andalien.» Pero esta juiciosa i tranquila observacion se perdió en medio del arrebato del momento i de los preparativos de la ya próxima batalla (1).

En consecuencia, el jefe de los castellanos mandó «tocar las trompetas a partir».

El 1.º de enero de 1554 Valdivia llegó cerca del lugar en que estuvo el fuerte, cuyos escombros, vistos desde léjos, le indicaron lo que habia pasado. En sus alrededores todo estaba solo i en silencio. No se veía esa agitacion febril que precede a las grandes batallas. Llegaron a imaginarse los españoles que los araucanos habian huido.

---

(1) *Yanacónas* eran los indios que servian a los españoles como criados o pajes, que peleaban al lado de sus amos i vestian como ellos, de ordinario.



Bien pronto estuvieron arriba de la meseta. De repente un cuerpo de indios se presenta a su vista en una colina inmediata, se adelanta resuelto, amenazante i animándose con salvaje vorería.

Valdivia, con la serenidad del viejo e intrépido guerrero, dividió rápidamente su hueste en tres cuadrillas i mandó que la primera atacase de frente i sin dilacion.

El empuje de los caballos, el furor de los castellanos, el filo de sus espadas, todo contribuyó a que esta primera carga fuese formidable i sangrienta; desastroza para los indios, que, por su parte, peleaban con esfuerzo i valor extraordinarios, herian o maltrataban a sus enemigos.

La superioridad de las armas, esta vez como en otras, dió el triunfo a los conquistadores. No pudiendo resistir los indios por mucho tiempo este choque, huyeron cuesta abajo, para impedir así la accion de los caballos.

Las heridas i el cansancio producido por la pelea i el calor de un dia de verano, dejaron, puede decirse, fuera de combate a la cuadrilla vencedora (1).

Huian aun los combatientes de la division auracana recién deshecha cuando se presentó una segunda, no ménos numerosa, ordenada i atrevida que la primera. Sobre ella lanzó Valdivia una de las cuadrillas de refresco, que embistió tambien con impaciente denuedo. Los indios se mantuvieron en esta ocasion mas firmes i dispuestos a tomar la ofensiva.

Este nuevo encuentro duraba mucho. Temeroso el jefe de los castellanos de tan prolongada resistencia, dejó al cuidado del bagaje a diez hombres i con veintiseis cargó contra los araucanos con exaltada resolucion. Impotente la division indíjena para sostener esta fuerza de reserva, cedió el campo i huyó otra vez por las faldas de la altura. Tres hombres del escuadron español murieron en este choque.

Pero el cuerpo vencido es reemplazado al punto por otro.

---

(1) La vista acompañada da una idea del lugar de la batalla. En la colina número 1 debió tener lugar lo mas reñido de la pelea; ahí se han encontrado muchas armas. Esto i la tradicion han hecho mui conocido el sitio a los habitantes de Cafete.

Valdivia renueva con toda su jente el ataque: las filas de los bárbaros se hallan diezmadadas i los conquistadores han muerto unos o están heridos o fatigados los restantes, con un trabajo físico superior a todo esfuerzo humano. Su jefe, tanto para celebrar un consejo con los suyos como para darles algun descanso, ordena que las trompetas toquen a «recojerse al campo», o a replegarse.

El guerrero brioso i temible, el hombre de gran corazon i espíritu, ante un peligro tan evidente para él, parecía sobrecojido de una especie de asombro i de temor: hubiera eludido de buena gana el combate final de la jornada.

«Juntos todos, les dijo: «Caballeros, ¿qué hacemos?» El capitán Altamirano, de Medellín, hombre bravo i arrebatado, le respondió: «¿Qué quiere, vuestra señoría, que hagamos sino que peleemos i muramos?» (1).

Mui a su pesar i solo arrastrado por el furor bélico de su tropa, resolvió Valdivia hacer la última tentativa i cargó con la caballería que le quedaba i los indios auxiliares. Inútil acometida; ya no era posible detener las hordas compactas i embravecidas de salvajes. El gobernador mandó entonces que se replegara su columna para ordenar en seguida la retirada.

Con este propósito abandonó el bagaje, con el cual creia cebar la jenial rapacidad del araucano.

Desgraciadamente Lautaro aparece en estos supremos instantes i arrastra a su columna a la pelea. Poco rato sostienen los españoles una lucha desesperada; al fin huyen los que no han caído a los golpes de las flechas i macanas de los bárbaros, con la esperanza de llegar al fuerte de Arauco.

Como los caballos están cansados i todos los pasos defendidos, segun las instrucciones de Lautaro, todos los fujitivos son tomados prisioneros o muertos con la ferocidad que es de suponer en el hombre inferior despues de una victoria. Ni uno solo salva de este enorme desastre.

Los indios auxiliares corrieron la misma suerte; apenas escaparon de la matanza jeneral los que se ocultaron en los bos-

---

(1) Góngora Marmolejo, capítulo XIV.

ques o los que se finjieron pertenecer a los grupos triunfantes, incorporándose a ellos.

«Valdivia, dice un cronista mui bien informado de este acontecimiento, como llevaba tan buen caballo, pudo pasar algo mas adelante, siguiéndole un capellan que consigo traia, clérigo llamado el padre Pozo. Llegado a una ciénaga atolló el caballo con él. Acudieron los indios que la estaban guardando, i como estaba en aquella necesidad fatigado, lo derribaron del caballo a lanzadas i golpes de macanas» (1).

Desnudáronlo de su traje i armadura, aunque no pudieron arrancarle la celada borgoñota, casco liviano i sin vicera.

Sin vestido como lo habian dejado, con las manos atadas con lazos de juncos, lo llevaron a donde estaban los caciques principales, cerca de media legua de distancia, i como por su gordura no le fuese posible caminar tan de prisa, lo arrastraron a trechos prodigándole toda clase de insultos i burlas (2).

Tanto sufrimiento físico i moral, habian sumido al desgraciado conquistador en un abatimiento que le embargaba el ánimo.

Agustinillo, su paje yanacona i consejero juicioso de no presentar batalla, le sacó la celada. Por intermedio de él, dijo á los ensoberbecidos jefes araucanos: «Devolvedme la libertad i sacaré los españoles de vuestra tierra, despoblaré las ciudades que he fundado i os daré, ademas, dos mil ovejas.»

Contestan los indios con gritos enfurecidos i amenazantes, i descargan su furia contra su fiel intérprete, a quien despedazan en su presencia.

Desde este momento quedaban condenados a inevitable i próxima muerte él i todos los prisioneros.

El clérigo Pozo creyéndolo así, hizo una cruz de dos palillos i exhortó a Valdivia a morir como buen cristiano.

Discordes están las opiniones de los cronistas sobre el jénero de muerte que sufrió el primer gobernador de Chile.

---

(1) Góngora Marmolejo, capítulo XIV. La ciénaga en que se atascó el caballo de Valdivia, al pié de un cerro, se llamó despues *Tromelonco*, total de la cabeza.

(2) Aun trabajan los indios cordeles del junco que denominan *ñocha*.

Nunca había olvidado Valdivia el deber sagrado de auxiliar pecuniariamente a su consorte, bien que no siempre llegaban a sus manos las cantidades enviadas.

Al saber ésta por Alderete que su marido había adquirido gloria i fortuna de conquistador, se embarcó en Cádiz para Chile, a principios de 1554, con algunos parientes que la acompañaban.

Pero sus sueños de grandeza i felicidad se disiparon al tocar el suelo de América. Cuando desembarcó en Nombre de Dios, al promediar el mismo año, para continuar su viaje a Panamá i de aquí a Chile, supo la noticia de que el gobernador había perecido en una sangrienta batalla con los araucanos.

No quiso llegar al país conquistado por su esposo, sin estar premunida de una orden real que le asegurase alguna situación ventajosa. En efecto, una real cédula ordenó que se le entregara el repartimiento de indios que perteneció a Valdivia.

Llegó a Chile cuando gobernaba don García Hurtado de Mendoza, quien se había apoderado de los bienes de Valdivia. Reclamó la viuda, sin ningun resultado, primero a la real audiencia de Lima i despues al rei, el cual ordenó la inmediata devolucion de los indios i las tierras heredados por doña Marina.

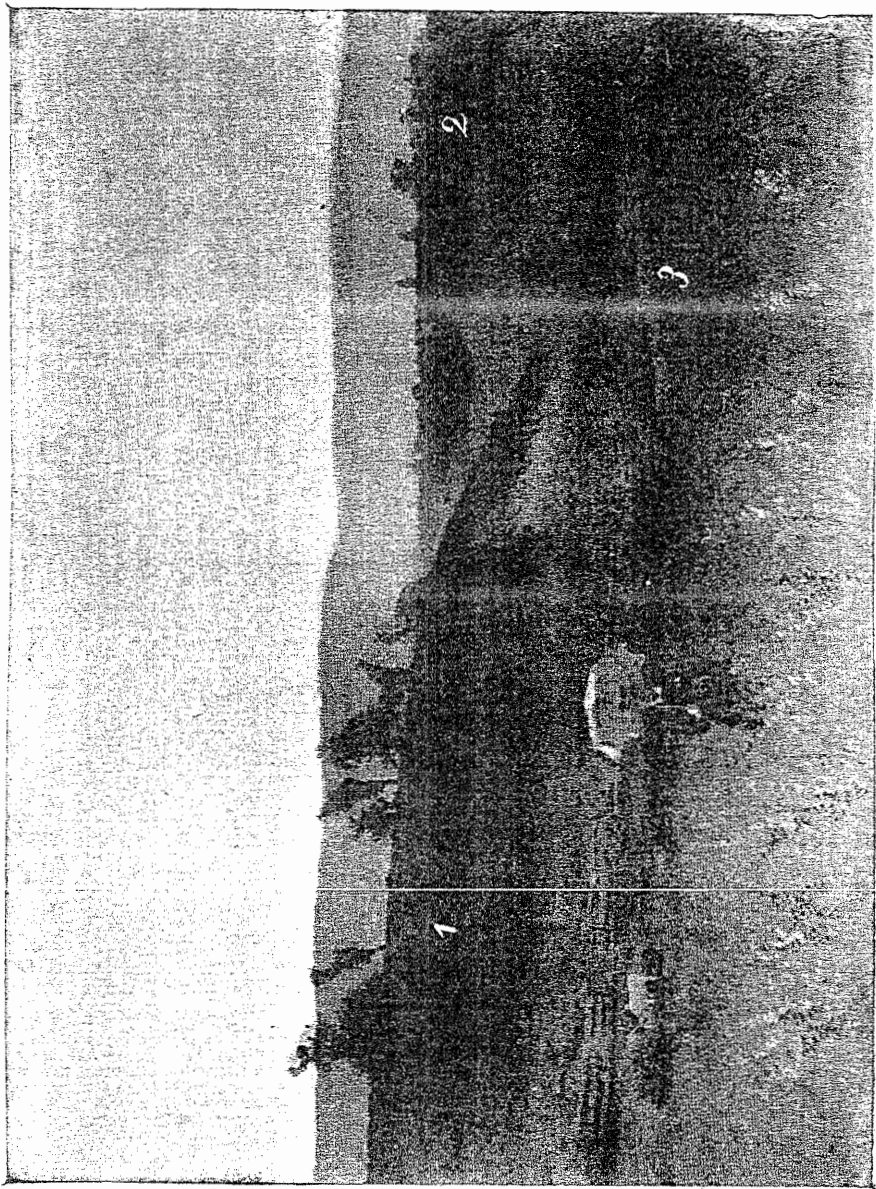
El estado de rebellion de los indios i el embargo i venta de estos bienes por los oficiales reales para reintegrar al tesoro las cantidades gastadas en la conquista, dejaron al fin a la señora Ortiz de Gaete, pobre, desamparada i sin encomienda en otra parte.

Supónese que haya muerto anciana de mas de sesenta i nueve años, sin mejorar en nada de suerte, sin recibir las consideraciones i recompensas dignas de los eminentes servicios de su esposo, entregada al melancólico disgusto que producen los desengaños i la ingratitude (1).

---

(1) Barros Arana, *Proceso de Pedro de Valdivia*, pág. 333.

Los historiadores chilenos Barros Arana i Miguel Luis Amunátegui han criticado, fundadamente, algunos accidentes de estos sucesos, consignados en *La Araucana* de Ercilla i en los cronistas. Uno de ellos es el de haberse presentado Lautaro al campo indijena en el momento de una derrota, la



cual evitó con una arenga fogosa que hizo entrar de nuevo en pelea a los indios. Ercilla cuenta al respecto que Lautaro solo detuvo a los españoles algún rato.

Efectivamente, no hai hombre capaz de rehacer un ejército derrotado con su presencia i su palabra únicamente. Si Lautaro pronunció algunas palabras de ruda energía, i no discurso, debió ser sin duda cuando entró en combate en la batalla para flanquear a Valdivia.

Tampoco se acepta que los araucanos estuviesen mandados por Caupolican, que no aparece sino bajo el gobierno de don García Hurtado de Mendoza. Al ménos Góngora Marmolejo, contemporáneo de estos sucesos, no lo nombra en su crónica.

TOMAS GUEVARA

*(Continuará)*

